



DON AGUSTIN VIÑUALES PARDO

EL 14 de noviembre pasado, ha fallecido en su casa de Madrid don Agustín Viñuales Pardo, ilustre oscense, hacendista insigne y uno de los representantes más característicos de la generación aragonesa de por mil novecientos.

Nació Agustín Viñuales en la Huesca romántica y apasionada de finales de siglo. Su padre, comerciante muy popular en la ciudad, carácter abierto y generoso, se sintió atraído por la política y militó en las filas del partido liberal dinástico, ejerciendo diversos cargos de representación y gastando sus energías, con quebranto de sus propios intereses. Pese al ambiente de lucha partidista en que se crió, el joven Agustín fue, sustancialmente, un estudioso que no ambicionó nunca ni cargos ni honores y que sintió repugnancia por toda clase de exhibiciones, sobre todo, por las de carácter político.

El bachillerato lo cursó en el Instituto de Huesca, bajo la dirección de insignes maestros. Allí, en aquellas aulas magníficas, pletóricas de tradición universitaria, se despertó su inquietud cultural, destacando como alumno brillante, inteligente y tenaz en el estudio. Su tío, don Urbez Viñuales, destacada figura en el mundo de los negocios y de la política, casado con doña Josefa Stembert, marquesa de Machicote, lo llevó a Madrid, en cuya Universidad siguió los estudios de Derecho.

Acabado el doctorado, marchó pensionado a Francia y, más tarde, a varias universidades alemanas, en donde siguió cursos de Economía

Política. Sus viajes por América, le pusieron en contacto con destacadas figuras del campo de la economía y de la política internacionales.

Ya en España, obtuvo, después de duros ejercicios, la secretaría de la Cámara de Comercio de Madrid. Pero su vocación le llevaba a la vida universitaria y en 1918 ganó, por oposición, la cátedra de Economía Política de la Universidad de Granada y, más tarde, en enero de 1933, también por oposición, la de la misma disciplina en la Universidad Central.

Discípulo predilecto de Flores de Lemus, la máxima autoridad en materia económica en España, formó parte del grupo de especialistas que dirigió aquel ilustre catedrático y, muy pronto, hubo de destacar por su visión y agudeza. Desde entonces, sus estudios y sus informes pesaron en las decisiones del Ministerio de Hacienda y no hubo crisis ni coyuntura difícil, en la que no se recurriese a los servicios de Agustín Viñuales. Su participación en el dictamen sobre el patrón oro, en la época de la Dictadura, es una muestra clara de su valía y de su visión en los problemas económicos.

Espíritu generoso, acudió siempre, con todo desinterés, a salvar situaciones embarazosas, pero rehusó, en cambio, numerosos ofrecimientos que se le hicieron para desempeñar elevados cargos. El *cursus honorum* no tuvo para él ningún atractivo. «Tímido, sonriente y huidizo» —como lo calificó un político español—, enamorado del sosiego, huyó siempre de la agitación de la vida política. Y, sin embargo, merced a una serie de especiales circunstancias, se vio obligado a ocupar la Dirección General del Timbre y después, en junio de 1933, el Ministerio de Hacienda, formando parte del segundo gabinete de Azaña, en una de las situaciones más delicadas de la hacienda española. Su corta gestión ministerial estuvo llena de aciertos, reconocidos, incluso por los periódicos de la oposición. La brevedad de su vida ministerial—para él demasiado larga, pues presentó la dimisión repetidas veces—le impidió llevar a la práctica su plan de reorganización de la hacienda española. Su marcha del Ministerio le produjo una viva satisfacción y poco después contraía matrimonio con la señorita Erika Graa, su abnegada compañera en todas las posteriores vicisitudes de su vida.

Su integridad y rectitud le obligaron a expatriarse, refugiándose en Francia, en donde vivió varios años. Posteriormente, volvió a España, reintegrándose a su cátedra. A esta etapa de su vida, pertenece una de las series más interesantes de sus publicaciones.

Poco después de su jubilación en la cátedra, sufrió un ataque de hemiplejía que le impidió ya dedicarse a su asiduo trabajo y, lo que le dolió mucho más, realizar un viaje de despedida a su Huesca querida. Su fe, que a lo largo de su vida sufrió rudos embates, pero que rebrotó siempre, no le abandonó en sus últimos años y su muerte, ejemplarmente cristiana, ha sido la coronación de una vida de abnegación y sacrificio.

Ha muerto Agustín Viñuales, lejos de su tierra, junto a sus libros, en esa quietud y en esa paz que él amó tanto. Se ha marchado, como vivió siempre, silenciosamente, sin notoriedad, sin que su muerte—es penoso decirlo—haya encontrado apenas eco ni en Aragón ni en Huesca. Pero nosotros tenemos el deber de recordar estas figuras ejemplares y ARGENSOLA dedicará un número a la memoria de este ilustre aragonés que puso su vida al servicio de nobles ideales.

FEDERICO BALAGUER